

LA GUERRA FRÍA EN RETROSPECTIVA*

David Miller

Traducción de Laura Quintana**

El único gran fantasma que perseguía a los líderes políticos y militares durante la Guerra Fría era la guerra nuclear, y era una amenaza que influenciaba cada decisión de algún significado. Igualmente, era una amenaza que sólo unos cuantos entendían, y un asunto acerca del cual se pronunciaban un sinnúmero de absurdos.

Tanto la OTAN como el Pacto de Varsovia ensayaban, regularmente, en sus ejercicios, el uso de armas nucleares tácticas, tratándolas como cierta forma superior de artillería. El hecho era, sin embargo, que de haberse usado una sola arma nuclear se habría creado una situación completamente nueva. Y como no se conocía ningún método para realizar explosiones nucleares clandestinas, se debió suponer que cuando la primera arma fuera usada no habría habido duda de lo que habría sucedido. Esto fue previsto por el estratega de la Guerra Fría Hermann Kahn, quien, en los primeros días de una guerra nuclear potencial, describió la situación así:

Una vez la guerra ha comenzado, ninguna otra línea de demarcación es tan clara de inmediato, tan santificada por la convención, tan ratificada por la emoción, tan baja en la escala de violencia, y –tal vez lo más importante de todo– tan fácilmente definida y entendida como la línea entre usar y no usar armas nucleares... A pesar de que la distinción entre una guerra nuclear y una guerra no nuclear tiene sus defectos, desde un punto de vista técnico, posee un significado funcional o utilidad que trasciende cualquier cuestión meramente técnica.

Esto fue escrito en la década del 50, pero continuó siendo válido durante toda la Guerra Fría, y en eso consiste el peligro de las armas nucleares tácticas.

Armas nucleares tácticas

Las discusiones acerca de la remoción de fuerzas nucleares de alcance intermedio tomaron algunos años, pero una vez

estas armas fueron suprimidas bajo el tratado INF, todas lo fueron.

Estas discusiones no cobijaban a las armas nucleares de corto alcance en campo de batalla, pero una vez la Guerra Fría terminó, también éstas fueron excluidas por mutuo acuerdo y sin que ninguna de las partes se preocupara por las formalidades de un tratado. Así, el presidente Georg Bush anunció, el 27 de septiembre de 1991, que todos los *Lance* norteamericanos y los obuses de artillería nuclear serían eliminados, incluyendo aquellas cabezas nucleares que habían sido suministradas a los aliados. Esto fue seguido, rápidamente, en octubre 5 de 1991, por un anuncio del presidente Gorbachev, quien afirmó que todos los proyectiles nucleares soviéticos, las minas nucleares terrestres y las cabezas nucleares de misiles no estratégicos (*Frog*, *Scud* y SS-21), serían destruidos también. El proceso fue ratificado por el grupo de planeación nuclear de la OTAN, que declaró, el 18 de octubre de 1991:

"Continuaremos, por tanto, fundando en Europa fuerzas nucleares subestratégicas, actualizadas y efectivas, pero consistirán solamente en una aeronáutica de doble capacidad". Restaba sólo Francia, pero en 1992, el presidente Mitterrand anunció, primero, que la disponibilidad de todas las fuerzas nucleares de su país había sido reducida y, luego, que había decidido desmantelar, por completo, los regimientos de plutonio; esto último ocurrió en 1993.

Las armas nucleares estratégicas crearon dos tipos principales de dificultad. Primero, de haber sido usada una sola de ellas, el umbral nuclear habría sido traspasado. Segundo, habría sido extremadamente difícil distinguir entre armas tácticas y estratégicas. El *Pershing II* norteamericano, por ejemplo, tiene un alcance de 1,800 Km –suficiente para alcanzar objetivos dentro del límite occidental de la Unión Soviética –mientras que el SS-12 soviético, con una trayectoria de 900 Km, hubiera podido alcanzar objetivos en el sureste de Inglaterra o el este de Francia desde puntos de lanzamiento al este del Elba. Francia, la Unión Soviética y el Reino Unido habrían considerado esos golpes como estratégicos. Se daba, por tanto, –posiblemente e, incluso, como algo inevitable–, el peligro real de que la parte que lanzara armas nucleares habría podido clasificarlas como tácticas, en tanto que éstas habrían conducido a una irremediable guerra nuclear global.

Conflicto bélico nuclear

Había una escuela de pensamiento, particularmente en los Estados Unidos, que consideraba que "el conflicto bélico

* Miller, David, *The Cold War: A Military History*, St. Martin's press, 1999.

** Filósofa de la Universidad de los Andes, Estudiante de la Maestría en Filosofía, Universidad Nacional.

nuclear" (esto es, un conflicto prolongado en el que se usan armas nucleares) sería posible. Sin embargo, resulta altamente cuestionable que las fuerzas militares hubieran podido continuar luchando, por largo tiempo, bajo condiciones nucleares. Ciertamente, no resulta improbable que la lucha se hubiera vuelto imposible y que, por lo menos, algunos elementos de las fuerzas militares sobrevivientes, de ambos bandos, habrían dejado de funcionar como organizaciones militares razonables. Uno de los rasgos de las armas nucleares de campo de batalla era que su uso hacía parte de cada ejercicio considerable de campo, de la OTAN, en los 70 y los 80. El patrón acostumbrado fue que el ejercicio se desarrollara continuamente hasta un clímax que a su debido tiempo llevara a la "descarga nuclear" y al lanzamiento de las armas nucleares de campo de batalla. Los oficiales y las tropas siempre acogieron esto, pues la experiencia mostró que era la señal más cierta de que el ejercicio concluiría en las siguientes dos o tres horas. Así que, la situación de encontrarse bajo un ataque nuclear prolongado no sólo no formaba parte de los ejercicios, sino que parecía que quienes los planeaban la consideraban simplemente inimaginable.

Los planes

Resulta poco pertinente intentar calcular si alguno de los planes tácticos o estratégicos realizados por cualquiera de los dos bandos habría sido o no exitoso. Una de las mayores lecciones que se pueden derivar de un estudio de historia militar es que, mientras pocas batallas han procedido de acuerdo con el plan de los generales o los almirantes, la mayoría de ellas, y, virtualmente, todas las guerras, no lo han hecho. El mayor problema al tratar de predecir el posible progreso de las batallas o las campañas es que el resultado de cada evento constitutivo debe ser decidido antes de avanzar a considerar el siguiente evento. Pero llegar a tales decisiones implica una serie de juicios acerca de cómo los diversos participantes podrían haber reaccionado. Por ejemplo, uno de los eventos considerados por el libro *The Third World War* [La Tercera Guerra Mundial] era un ataque soviético, que usaba un SS-17 ICBM, sobre la ciudad británica de Birmingham, que quedaba completamente devastada. En el libro, la respuesta por parte del Reino Unido y los Estados Unidos (con la aprobación de Francia) consistió en el lanzamiento de cuatro armas SSBN, dos por cada país, dirigidas hacia la ciudad soviética de Minsk. Aunque tal escenario no es totalmente imposible, sí parece

improbable. Esto no significa que los autores del libro se hubieran equivocado al considerar un primer golpe "demostrativo" por parte de la Unión Soviética, seguido por una respuesta del mismo tipo por parte del Reino Unido y los Estados Unidos; sólo significa que los autores tuvieron que presuponer una secuencia de acciones y reacciones en la Unión Soviética y, subsiguientemente, en Francia, el Reino Unido y los Estados Unidos que en la realidad de ningún modo habría sucedido, o si acaso de una manera completamente distinta. Así, es simplemente imposible estimar si los planes de ataque soviéticos descritos en este libro hubiesen resultado exitosos, o si las defensas convencionales de la OTAN, descritas en capítulos precedentes, se hubiesen sostenido, bien enteramente o bien, en parte. Así mismo resulta imposible predecir si ambos bandos hubieran autorizado la descarga nuclear y, en ese caso, dónde y bajo qué circunstancias. Durante el debate público sobre armas de radiación intensiva, por ejemplo, el presidente Jimmy Carter declaró:

La decisión de usar armas nucleares de cualquier tipo, incluyendo armas de radiación intensiva, quedará en mis manos, no en las manos de comandantes de teatro local. La decisión de cruzar el umbral nuclear sería la decisión más angustiada que tendría que hacer cualquier presidente. Puedo asegurarles que estas armas, es decir, armas de radiación intensiva de bajo rendimiento, no harían esa decisión más fácil.

Sería fácil sugerir, juzgando a partir de sus actuaciones en otros hechos, que el presidente Ronald Reagan habría podido estar más preparado para expedir ordenes de ir a la guerra o para la lanzar ICBM, que el presidente Jimmy Carter, y que la primera ministra Margaret Thatcher habría estado más dispuesta a lanzar el SLBM británico que el primer ministro Harold Wilson. Pero es imposible apreciar cómo cualquiera de los cuatro habría podido comportarse, si hubieran sido forzados a enfrentar la terrible realidad. También es debatible si los soviéticos habrían usado armas nucleares. No hay duda de que las fuerzas soviéticas consideraban las "armas de destrucción masiva" como una parte integral de su doctrina operativa, y que sus planes adoptaban su uso en un estadio bastante temprano. Esto no quiere decir, sin embargo, que las habrían usado de hecho; en efecto, ya que ellos habrían atacado presumiblemente a Europa occidental para capturarla intacta, en lugar de invadir una tierra yerma por la acción nuclear, se podría sostener que tenían todo incentivo para

no usarlas. Así, si su perspectiva de éxito en una batalla convencional parecía buena, ellos bien podrían haber renunciado públicamente a su uso, forzando así a la OTAN a seguir su ejemplo o a ordenar "primer uso".

Igualmente, no hay duda de que, por lo menos en público, la OTAN consideraba las armas nucleares de campo de batalla o como una respuesta razonable a un "primer uso" de la Unión Soviética o, por lo menos, como un último recurso en vista de una inminente derrota convencional.

Adicionalmente, Occidente tenía planes de usar un pequeño número de armas nucleares en demostración de su capacidad.¹ Los planes franceses también incluían un golpe *pre-stratégique*, que era efectivamente un golpe "demostrativo". Como siempre, sin embargo, el hecho de que esos planes de contingencia hubieran sido preparados no significaba que hubieran sido implementados.

Dos factores que habrían sido de importancia contundente eran tiempo y comunicaciones. Los líderes se habrían encontrado bajo la presión más intensa para tomar decisiones de las cuales dependía la suerte de su país y —esto no es dramatizar exageradamente— la del mundo. No sólo se habrían tenido que tomar tales decisiones, sino que habrían tenido que tomarse en corto tiempo. Si los Estados Unidos o bien la Unión soviética hubieran detectado un golpe estratégico, masivo, en curso, entonces, descontando el tiempo para que las noticias alcanzaran las autoridades del comando nacional y para que una decisión subsiguiente de un contra-ataque fuera transmitida (y verificada) a tiempo para ser efectiva, posiblemente diez minutos, al máximo, habría sido el tiempo disponible para tomar una decisión.

La historia humana contiene muchos ejemplos de armas nuevas —desde hace tanto, arcos, pólvora, artillería, ametralladoras, gases químicos, aviones, y proyectiles— que han sembrado terror en el enemigo, pero no han prevenido un conflicto subsiguiente. Hasta, precisamente, las armas nucleares. Las armas nucleares eran capaces de ocasionar más víctimas y más daño en minutos que lo que se alcanzó a lo largo de los seis años de la Segunda Guerra Mundial.

Grandes ciudades como Detroit, Birmingham, París y Leningrado habrían quedado yermas sólo por un arma 1 MT sobre cada una; megalópolis desparramadas como la más grande, Londres, o la alemana Ruhr, habría podido requerir hasta seis. Sin embargo, como se mostró en los primeros capítulos, las dos superpotencias poseían suficientes cabezas nucleares no sólo para devastarse entre ellas, sino también a otros países.

Ambos bandos en la Guerra Fría parecieron darse cuenta de que un conflicto entre ellos habría escalado, con seguridad, de uno convencional a uno nuclear, lo hubiera pretendido así o no el agresor original. Consiguientemente, no perdieron la cabeza, y por cuarenta años mantuvieron la carrera armamentista dentro de los límites de la razón— exactamente.

El resultado de la Guerra Fría, por cierto, parece haber sido más propicio para la OTAN que para el pacto de Varsovia, por lo menos a corto plazo, pero el hecho de que hay un largo plazo por considerar es un tributo a hombres de buena voluntad, juicio coherente y buen sentido, de *ambas* partes. En verdad, se dieron momentos en la Guerra Fría en los que alguien, de un lado o del otro, consideró que un ataque habría sido una apuesta valiosa, pero cuando ello sucedió, colegas de buen sentido los refrenaron.

Aún cuando una guerra en Europa central hubiera sido luchada con armas convencionales, el conflicto habría sido, en extremo, sangriento para ambos bandos, con un nivel de devastación que, de lejos, habría excedido a cualquier otro visto antes. Es probable que no ocurrió por la existencia de armas nucleares, la incertidumbre acerca de si serían usadas o no y la certeza de que de haberlo sido, habría resultado, con toda probabilidad, un cataclismo. Así que, a pesar de sus críticos, las armas nucleares tuvieron su utilidad, después de todo.

La última palabra, como de costumbre, pertenece a Sun Tzu, quien afirmó:

"Ganar ciento un victorias en ciento un batallas no es el colmo de la destreza.

Someter al enemigo sin luchar es el colmo de la destreza."

1 Los planes de contingencia de Berlín ciertamente incluían uso "demostrativo" de armas nucleares — véase capítulo 32.